



José M. Castillo

LA RELIGIÓN DE JESÚS

Comentario al Evangelio diario · Ciclo A (2016-2017)



Desclée De Brouwer

José M^a Castillo

La religión de Jesús
Comentarios al Evangelio diario
Ciclo A (2016-2017)

Desclée De Brouwer

INTRODUCCIÓN

| | |
|-------------------------------------|-----|
| Presentación | 7 |
| Adviento | 9 |
| Navidad | 45 |
| Comienzo del tiempo ordinario | 64 |
| Cuaresma | 127 |
| Semana Santa | 178 |
| Pascua | 191 |

PRESENTACIÓN

En este tiempo que vivimos, en el que la tecnología le está ganando al pensamiento, tenemos tanta información, que no nos queda ni tiempo ni fuerzas para la reflexión, para profundizar en el ámbito de las ideas, para tomar conciencia de lo que realmente estamos viviendo y lo que nos está pasando. La desorientación, el desconcierto, la oscuridad, las malas noticias que todos los días se cuelan en nuestras casas, todo eso está poniendo al descubierto lo peor que está ocurriendo. Y es que, en realidad, no sabemos lo que ocurre. Ni a dónde vamos a parar.

Así las cosas, el pequeño comentario al Evangelio que se lee en la misa de cada día, quizá nos podrá ayudar a repensar esta forma de vida, de convivencia, de religiosidad y de espiritualidad que tenemos. Y la que podríamos tener. Porque una cosa es cierta: el libro de mayor utilidad y mayor actualidad que podemos manejar es el Evangelio. Con tal que utilicemos o leamos el Evangelio como el mero recuerdo de algo que ocurrió hace dos mil años. No. El Evangelio, si se piensa con cierta profundidad, es un libro de tanta actualidad, que parece estar pensado para cada día y cada situación, tal como se nos presenta. En esto está la genialidad del Evangelio. Y la luz, la fuerza y la esperanza que nos aporta cada día. No simplemente para que seamos más religiosos, sino para algo que es previo y más importante: para que seamos más humanos. Esto sí que es decisivo de verdad.

Mt 24, 37-44

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: “Cuando venga el Hijo del Hombre pasará como en tiempo de Noé. Antes del diluvio la gente comía y bebía y se casaba, hasta el día en que Noé entró en el arca; y cuando menos lo esperaban llegó el diluvio y se los llevó a todos; lo mismo sucederá cuando venga el Hijo del Hombre: Dos hombres estarán en el campo: a uno se lo llevarán y a otro lo dejarán; dos mujeres estarán moliendo: a una se la llevarán y a otra la dejarán. Por tanto estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejaría abrir un boquete en su casa. Por eso estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del Hombre”.

1. El mito del diluvio, que puso Mateo aquí en boca de Jesús, no es una amenaza para que los lectores del Evangelio vivamos asustados y hasta angustiados, esperando el fin del mundo. Lo que Jesús propone es que vivamos en lo que debemos hacer en el momento presente, cada día, en cada momento. Y si vivimos así, entonces es cuando estaremos siempre en la mejor disposición posible para lo que pueda venir y para cuando venga. Esto es lo capital que Jesús quiere de nosotros en la vida. No es posible saber con seguridad si Jesús pronunció las palabras que nos recuerda este evangelio.
2. Según el mismo evangelio de Mateo, Jesús pidió a sus discípulos que estuvieran vigilantes, que no se dejaran dominar por el sueño. Eso es lo que les dijo en la noche trágica de la pasión, cuando oraba en el huerto de Getsemaní: “Manteneos despiertos conmigo” (Mt 26, 38. 40. 41). Estar vigilantes con Jesús no es vivir asustados, temerosos ante una probable desgracia, o acechando por si viene un ladrón. El que ve así a Jesús no cree en Jesús. Cree en un ser peligroso y amenazante, que puede arruinar a cualquiera para siempre. Jesús no trajo un mensaje de terror, sino una “buena noticia” de ilusión, paz y esperanza. Tal es el sentido del Adviento.
3. Vivir vigilantes con Jesús es estar en la misma disposición que el propio Jesús les pedía a los que le acompañaban la noche de la pasión. Es vivir con tal honradez, en el sitio y el trabajo en que cada cual esté, que se vive en la disposición constante de que hago lo que tengo que hacer, y digo lo que tengo que decir, aunque eso represente para mí una seria amenaza, un peligro que puede llegar a ser mortal. Jesús no mete miedo, nos propone un proyecto de

responsabilidad ante la tarea que cada cual tiene que llevar adelante en la vida. Por desgracia, es demasiado frecuente encontrar cristianos que tienen sus preocupaciones religiosas puestas, no en la “responsabilidad profesional” y familiar, sino en la “observancia religiosa”. Esto es la ruina del cristianismo. Y la mayor desgracia de la Iglesia.

28 DE NOVIEMBRE - LUNES

1ª SEMANA DE ADVIENTO

Mt 8, 5-11

En aquel tiempo al entrar Jesús en Cafarnaúm, un centurión se le acercó diciéndole: “Señor, tengo en casa un criado que está en cama paralítico”. Jesús le contestó: “Voy yo a curarlo”. Pero el centurión le replicó: “Señor, ¿quién soy yo para que entres bajo mi techo? Basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes: y le digo a uno ‘ve’, y va; al otro, ‘ven’ y viene; a mi criado ‘haz esto’ y lo hace”. Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: “Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe. Os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos”.

1. Lo más llamativo, incluso lo más revolucionario, que se encuentra en este relato es lo que Jesús afirma sobre la fe. Según el evangelio de Mateo, y el paralelo de Lucas (7, 1-10), resulta que, para Jesús, un militar romano tenía más fe que cualquier israelita. No es el único caso en que Jesús elogia la fe de personas que no tenían las mismas creencias religiosas que los ortodoxos fieles a la Biblia. Así, en el caso de la mujer cananea o siro-fenicia (Mt 15, 21-28; Mc 7, 24-30) y también en el relato del samaritano leproso (Lc 17, 11-19). Estas personas, que no pertenecían a la religión verdadera, son elogiadas por Jesús como creyentes ejemplares. Lo cual quiere decir obviamente que, para Jesús, la fe más ejemplar no está vinculada a la pertenencia a una determinada religión, por más que, según los criterios de la Biblia, se trate de la única religión verdadera del único Dios verdadero.

2. En el caso del militar romano, este hecho es más sorprendente. Porque, como es sabido, los militares del ejército imperial hacían un juramento religioso de fidelidad (*sacramentum*) al emperador. Este juramento era el fundamento de la condición de soldado (P. Grimal). La fe del centurión estaba, pues, ya

comprometida con su emperador y con la religión que este representaba y de la que era el “Sumo Pontífice” (*Pontifex Maximus*) (E. Cortese).

3. Por más extraño que pueda parecer, la fe no es para Jesús un “acto religioso”, sino un “comportamiento de humanidad”. Es la profunda humanidad de un cargo militar que no puede soportar ver que sufre un “esclavo” (*doûlos*) (Lc 7, 2. 3. 8 b). Por eso va a suplicar a Jesús que lo sane. Y no se considera digno de que Jesús entre en su casa. La fe, en este caso, es la postura de un hombre, de poder y mando, que antepone la felicidad del último al rango del primero. Jesús no encuentra la fe en la fidelidad a las doctrinas y prácticas religiosas, sino en la bondad de un hombre importante al que el cargo no se le subió a la cabeza. Ocurre, quizá más de lo que imaginamos, que aquellos a los que consideramos “infieles”, para Jesús, son los más “fieles”. Jesús modificó la fe, las creencias, el corazón mismo de la religión. Porque la esencia de la religión no está en aceptar unas verdades, sino asumir y hacer propia una forma de vida. Cuando lo que manda en nuestra vida es la bondad y la lucha contra el sufrimiento, entonces es cuando empezamos a ser creyentes en Jesús y su Evangelio.

29 DE NOVIEMBRE - MARTES

1ª SEMANA DE ADVIENTO

Lc 10, 21-24

En aquel tiempo, lleno de la alegría del Espíritu Santo, exclamó Jesús: “Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar”. Volviéndose a los discípulos, les dijo: “¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que oís, pero no lo oyeron”.

1. Este relato del Evangelio es desconcertante. Porque desconcertantes eran los criterios que tenía Jesús, tal como aquí *se nos presentan*. No es frecuente que un hombre, que se dedica a transmitir unas enseñanzas para influir en los demás (como es el caso de un profesor, un escritor, un conferenciante...), se alegre de que lo que enseña no interesa a los “sabios” y a los “entendidos”. Mientras que, por el contrario, la doctrina que pretende transmitir es algo que solamente inte-

resa (porque son los que lo entienden) a la “gente sencilla”, las personas de condición humilde, los pobres e ignorantes, los que no tienen importancia ni pintan nada en la vida. Y esto justamente es lo que aquí dice Jesús. El Evangelio es un mensaje que solamente cabe en la cabeza de los insignificantes. Solamente es comprendido por los que no son socialmente importantes. Y lo que más llama la atención es que Jesús se alegra de eso. ¿Por qué?

2. Es evidente que uno que se dedica a enseñar, ya sea profesor, docente, locutor, predicador..., no se alegraría de ser –socialmente hablando– un desastre, un fracasado. Porque es criterio, comúnmente admitido, que los sabios, los intelectuales, y no precisamente los ignorantes, son los que influyen en la sociedad. Quienes tienen prestigio y poder son los que pueden influir para cambiar las cosas. Y para hacer bien las cosas. De ahí, la seducción que ejercen los “selectos”, los “listos”, los “inteligentes”, los “intachables”, etc.

3. Y sin embargo, Jesús ve todo esto al revés. En las sociedades mediterráneas del s. I, se le daba más importancia al que tenía prestigio que al que tenía dinero. Al Evangelio no le interesa ni lo uno ni lo otro. Porque Jesús no vino a enseñar teorías de sabios e intelectuales. Jesús estaba persuadido de que los que tienen poder no arreglan el mundo. Porque los importantes toman las decisiones que favorecen su importancia. Y sin embargo sabemos que los protagonistas de la Historia son los que están abajo en la sociedad, los proletarios y excluidos, los ignorantes y los que sufren. Y todos los que ven la vida como la ven esas gentes. Porque esas pobres gentes no tienen más fuerza que la enorme fuerza que tiene nuestra humanidad. Porque “los pequeños, los nadies” no tienen más fuerza que su bondad y su honradez. Y es eso –la bondad y la honradez– lo que transforma la sociedad y lo que puede dar un giro nuevo a la Historia y a la Cultura.

30 DE NOVIEMBRE - MIÉRCOLES

1ª SEMANA DE ADVIENTO

Mt 15, 29-37

En aquel tiempo, Jesús bordeando el lago de Galilea, subió al monte y se sentó en él. Acudió a él mucha gente llevando tullidos, ciegos, lisiados, sordomudos y muchos otros; los echaban a sus pies y él los curaba. La gente se admiraba al ver hablar a los mudos, sanos a los lisiados, andar a los tullidos y con vista a los ciegos, y dieron gloria al Dios de Israel. Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: “Me da lástima de la gente, porque llevan ya tres días conmigo y no

tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que se desmayen en el camino". Los discípulos le preguntaron: "¿De dónde vamos a sacar en un despoblado panes suficientes para saciar a tanta gente?" Jesús les preguntó: "¿Cuántos panes tenéis?" Ellos contestaron: "Siete y unos peces". Él mandó que la gente se sentara en el suelo. Tomó los siete panes y los peces, dijo la acción de gracias, los partió y los fue dando a los discípulos, y los discípulos a la gente. Comieron todos hasta saciarse y recogieron las sobras: siete cestas llenas.

- 1.** Ante todo, conviene caer en la cuenta del lugar donde Mateo sitúa todo este episodio: un monte en el que se sienta. En la historia de las religiones, los dioses se asocian a las montañas. Porque los dioses se asocian a la grandeza y al poder. Y eso es lo que evocan los montes: altura, distancia, poderío, superioridad (W. Burkert; F. Albright; V. Haas...). En la Biblia, los montes son lugares sagrados en los que se manifiesta Dios (Is 14, 13; Ez 28, 14. 16; Is 2, 12-15; Ez 6, 3; Lc 3, 5; Sal 2, 6; Jer 2, 20; Jn 4, 20...). En la tradición judía, la subida al monte se relaciona con la subida de Moisés al monte Sinaí (Ex 19, 3; 24, 12. 13.. 18; 34, 2. 4; Dt 9, 9; 10, 1. 3). Pero el Evangelio le da un cambio radical a este simbolismo religioso: Jesús no es ya el Dios que se manifiesta en forma terrible, entre relámpagos y truenos, e imponiendo leyes. Jesús representa a un Dios que acoge a los desgraciados de este mundo y remedia sus penas. Jesús no representa la majestad y el poder de Dios, sino la humanidad de Dios.
- 2.** A un Dios así, "acude mucha gente". Acude la gente más desamparada y castigada por la vida. Por eso, no hay más remedio que preguntarse: ¿por qué ahora la gente asocia la religión más con el poder divino y la rigidez austera de las leyes religiosas que con la bondad que acoge, comprende, atrae y remedia el dolor de los desamparados? Lo que ocurre es que la Iglesia se ha desarrollado de forma que es una institución más "religiosa" que "evangélica". Es decir, en la Iglesia encontramos mucha "religión" y poco "evangelio". La Iglesia, por eso, cuida mucho la observancia de los rituales y poco el cumplimiento de las bienaventuranzas y de lo que fue la vida de Jesús.
- 3.** Pero el relato genial de este evangelio va indeciblemente más lejos. Porque, a renglón seguido de las curaciones de enfermos, repite la multiplicación de los panes, que ya se había relatado en Mt 14, 13-23. Las dos cosas que más preocupan e interesan a todo ser humano son la salud y la comida. Por eso, como queda patente en este relato, Jesús cura a los enfermos y da de comer a los hambrientos. Jesús no impone leyes. Ni amenaza con castigos. Ni exige observancias de ritos y ceremonias. Nada de eso consta en los evangelios.

Sin embargo, lo que se repite, en casi todas las páginas de los sinópticos, es el interés constante de Jesús por remediar las carencias y dolores que tuvo a su alcance. Jesús no curó a todos los enfermos que había en Israel. Ni dio de comer a todos los hambrientos. Remedió lo que pudo. Jesús no nos pide imposibles. Pero todos podemos hacer que la convivencia en este mundo resulte más soportable.

1 DE DICIEMBRE - JUEVES

1ª SEMANA DE ADVIENTO

Mt 7, 21. 24-27

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: "No todo el que me dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo. El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se hundió totalmente".

1. La expresión "Señor, Señor" es la manifestación de una persona piadosa. Y si, además, se dice de forma repetida, lo más probable es que se trata de un ritual. Por tanto, lo que aquí quiere decir Jesús es que la religiosidad, que se expresa en piedad y rituales, eso solo no es medio de salvación. Lo que nos salva es nuestra conducta, la coherencia de nuestra vida, nuestra honradez y nuestra bondad. En definitiva, el que pone en práctica lo que Jesús ha enseñado en el sermón del monte. Pues bien, Jesús afirma, por tanto, que para entrar en el Reino de Dios, lo decisivo es "hacer" lo que Jesús nos dejó dicho que tenemos que hacer. En eso consiste el proyecto de Jesús. Es más, la sola piedad y la sola religiosidad suele producir dos efectos: 1) El que vive ese tipo de experiencia, por eso mismo se suele sentir tranquilo en su intimidad y hasta es posible que se vea a sí mismo como una persona ejemplar. 2) Además, puede ocurrir que incluso menosprecie (sin darse cuenta) a quienes no viven ese tipo de experiencias religiosas.

2. Jesús establece una contraposición tajante entre los que "edifican sobre roca" y los que "edifican sobre arena". Los que edifican sobre roca (*oikodoméin épí tèn pétran*) (Mt 7, 24) son "los que escuchan estas palabras mías y las ponen

en práctica". Es decir, para Jesús, edificar sobre roca es lo mismo que tener una fe consecuente. O sea, tiene fe de verdad el que escucha o lee el sermón del monte y lo pone en práctica. Eso es "ser prudente" (*phrónimos*), el que hace lo que tiene que hacer, o sea el que ama, perdona, respeta, jamás se aprovecha de nadie, está dispuesto a poner la otra mejilla, nunca utiliza la venganza, siempre hace el bien a todos, etc. El que hace eso (dentro de las limitaciones humanas) es el que tiene fe. Y el que no lo hace, no es creyente, por más piadoso, observante y ortodoxo, que sea.

3. Cuando Jesús, según el mismo evangelio de Mateo, le dijo a Pedro que "sobre la roca edificaría" su Iglesia (Mt 16, 18), utiliza exactamente la misma expresión: "*oikodoméin êpí tèn pétran*". Si es que, efectivamente, Jesús dijo esas palabras, cosa que discuten los especialistas (véase Ulrich Luz, vol. II, 591-594; J. D. G. Dunn, 587-588), lo que el evangelio de Mateo quiere decir es que la Iglesia de Jesucristo se edifica, no sobre un hombre (aunque sea Pedro), sino sobre la fe de aquellos que escuchan a Jesús y hacen lo que él nos dejó dicho.

2 DE DICIEMBRE - VIERNES

1ª SEMANA DE ADVIENTO

Mt 9, 27-31

En aquel tiempo, al marcharse Jesús, le siguieron dos ciegos gritando: "Ten compasión de nosotros, Hijo de David". Al llegar a la casa se le acercaron los ciegos y Jesús les dijo: "¿Creéis que puedo hacerlo?". Contestaron: "Sí, Señor". Entonces les tocó los ojos diciendo: "Que os suceda conforme a vuestra fe". Y se les abrieron los ojos. Jesús les ordenó severamente: "¡Cuidado, con que lo sepa alguien!". Pero ellos, al salir, hablaron de él por toda la comarca.

1. Seguramente lo más llamativo, que hay en este relato, es la relación que Jesús establece entre la fe y la salud. Por eso Jesús les pregunta a los ciegos si "creen" que él los puede curar. Y por eso les dice también: "Que os suceda conforma a vuestra fe". Es decir, Jesús no atribuye la curación al poder de Dios o a su propio poder, sino al poder de la fe. Y no olvidemos nunca que la fe, tal como la presentan los evangelios sinópticos, es la manifestación de una "convicción" que tiene el que afirma "que tiene fe". Pero no olvidemos nunca que una "convicción" es siempre un "acto libre". Lo cual quiere decir que la fe es una experiencia y una forma de conducta que brota de la libertad humana. Creer es fiarse y confiar en lo que hace y dice Jesús.